

# Ezeiza

Carlos Cima

Mientras conversamos sobre las pinturas que componen Ezeiza, Carlos Cima me cuenta la historia de un viaje nocturno en 2016. Luego de un día de cursada en el (entonces) Instituto Universitario Nacional del Arte, fue invitado por un amigo a ir esa tarde a la fastuosa inauguración de una retrospectiva en un gran museo de la Capital. Cuando llegó la hora de volver a su casa, el trayecto que tantas veces hizo para ir y venir del IUNA quedó transfigurado por una emoción significativa y memorable: el vagón casi vacío, el arrullo del traqueteo regular de la línea Roca alejándose del centro, el fresquito que aumenta al paso de los descampados que anticipan la llegada a El Jagüel. El sistema de transporte público que posibilita la existencia de nuestra megalópolis austral le dictaba con sus luces y música un programa estético y conceptual.

Por esa época, Cima pintaba una serie de cuadros oscurísimos. Grandes monocromos de pintura negra interrumpidos por siluetas lúgubres del cotillón cumpleaños: globos, guirnaldas, la silueta de un cisne que (por contexto) probablemente fuera un centro de mesa hecho de papel crepé y celofán. Son escenas de pre- o post-celebración, espacios sin personajes y luz apagada, donde los coloridos adornos parecen ser pálidos fuegos de artificio en un cielo nocturno y sin estrellas.

Carlos Cima creció en Ezeiza, curtido en la proximidad con el mundo penitenciario. Los valores populares se unen a su sofisticada sensibilidad pictórica para constituir la axiología íntima desde la cual emerge su lenguaje artístico. Sus obras son difíciles de sostener en la mirada si no se tiene alguna noción acerca de la realidad híbrida y (en apariencia) contradictoria que retratan. Es como si la festividad desesperada de Marcelo Pombo fuese interpretada por el psiquismo trágico de la pintura de Guillermo Kuitca.

"El mandato de celebración oculta cosas", me dice Carlos mientras conversamos sobre otra serie: situaciones festivas en este caso pintadas en una paleta que parece un lodazal de óleo gris modulado por deslumbrantes destellos blancos y rosados que emulsionan formando tortas para quinceañeras, canastitas de comunión vacías, servilletas y platos de papel usados. ¿Qué es lo que oculta un revestimiento de pino barnizado, los azulejos, o tan sencillamente la pintura látex con la cual cubrimos la pared? ¿Qué es lo que sostiene la ilusión de la pintura o a un cuadro cuando lo colgamos? La nobleza de un machimbre bien hecho y la estabilidad centenaria de la pintura al óleo terminan el partido empatadas.

Los campos de color que protagonizan el centro de las obras que componen Ezeiza invitan a la contemplación dual: la pura fenomenología cromática (con su deriva mística) superpuesta con la materia que encarna figuras extrañamente familiares al coagular su intención en la retina. El resultado es fantasmagórico y por momentos siniestro, pero la actitud y delicadeza con la que Cima compone y construye traiciona la ternura y compasión que el pintor siente por estas escenas que nos trae de su vida.

Carlos Huffmann

*A la memoria de mi madre*



Exhibición individual de Carlos Cima en Constitución, con curaduría y texto de sala de Carlos Huffmann.  
Inauguración: 23 de marzo 2024

Maquetación: Julieta Massacese